

02-07 El Bautismo del Señor – Año B Is.42.1-7 // Hch.10.34-38 // Mc.1.7-11

Cuando en una república ha habido elecciones presidenciales, y cierta persona ha resultado elegida, ésta todavía no tiene ningún poder hasta varias semanas después cuando, en una ceremonia solemne, se le tome el juramento oficial y se le revista del fajín presidencial oficial. - O, en un país donde el gobierno es presidido por un Rey, por mucho que ya esté designada la persona que va a ser el rey próximo (sea por ser hijo mayor del rey actual, como en Inglaterra, - sea por elección por un colegio electoral, como ahora en España), éste no tiene ningún poder hasta el día que se le tome el juramento y se le ponga la corona en la cabeza. Sólo en ese momento recibe los poderes supremos para bien de los ciudadanos, - pero antes de esta ceremonia oficial, no se distingue en nada de cualquier hijo del vecino.

Reyes, Profetas y Sacerdotes: Ungidos con el Espíritu

En Israel, la accesión del nuevo rey al poder se expresaba en ceremonia diferente: en lugar de ponerle una corona en la cabeza, se le ungió la cabeza con aceite. Esta unción la solía realizar un profeta. Pues los profetas estaban en 'línea directa' con Dios, y sus palabras y acciones eran vistas como de Dios mismo. Esto tenía especial interés cuando tocaba inaugurar a un nuevo rey. Pues el rey en Israel participaba, en cierto sentido, en el gobierno de Dios sobre su Pueblo. Luego, para esto tenía que ser delegado por Dios mismo (vea Dt.17.14-15). Por esto fue un profeta, Samuel, el que ungió rey a Saúl: "Derramó sobre la cabeza de Saúl el cuerno de aceite, y lo besó, diciendo: El Señor te ha ungido como rey de su pueblo, para que lo liberes de la mano de sus enemigos" (I Sam.9.25-10.1). Años después hizo lo mismo con David: "Tomó Samuel el cuerno con aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de ese momento vino sobre David el Espíritu del Señor" (I Sam.16.13). Por esto, el título oficial del rey era "el Ungido", en hebreo '*Mešijá*', y en griego: '*Jristós*' o, como nosotros pronunciamos: '*Mesías*' y '*Cristo*'.

De hecho, no sólo los reyes recibían con aceite esta unción del Espíritu, sino también los profetas mismos (vea I Rey.19.16), y los sacerdotes (vea Ex.40.14-15). Pero cada uno de estos tres recibían sólo parte del Espíritu: sólo aquellos dones que eran específicos de su misión. Los reyes recibían fortaleza para luchar, y consejo para gobernar, - los profetas el conocimiento de Dios, y la sabiduría para proclamarlo, - y los sacerdotes la piedad y el temor del Señor, para servir dignamente en el culto (vea Is.11.2).

El Aceite Nutre, Sana y Vigoriza

Nos resulta difícil comprender lo que, en la Antigüedad, significaba el aceite. No sólo daba sabor a los alimentos y les servía de nutriente esencial en su dieta, sino también era la medicina universal para heridas, tumores y erupciones en la piel. Además, les servía como ungüento para mantener la piel lustrosa y flexible en ese clima seco. Y en general, daba salud, elasticidad y vigor al organismo para enfrentar los roces y las luchas de la vida. Por esto es que el aceite simboliza al Espíritu: que da vitalidad y energía para actuar con fuerza desde adentro. – Más aún, cuando nosotros, los Cristianos, en bautismo y confirmación recibimos el Espíritu Santo, simbolizado por aquel aceite, hay una real transformación en nuestro interior, y una capacitación desde adentro para actuar más allá de lo que nos permitirían nuestras meras fuerzas naturales. En esto hay gran diferencia con aquellas ceremonias y signos de poder de los gobernantes de la Antigüedad, o los de ahora: pues, al fin de cuentas, en el caso de ellos el efecto quedaba y queda en lo exterior: no penetra ni transforma el interior, como lo hace ahora el Espíritu en nosotros. - Y esto nos viene de Jesús: quien, él mismo, fue ungido por Dios con el Espíritu, ya no de modo parcial, sino en plenitud y, por esto, es llamado el "Cristo" o el "Ungido" por excelencia.

Jesús: el Ungido con el Espíritu

Desde su concepción en el seno de la Virgen es hombre. Desde los ocho días de nacido, cuando se le dio el nombre, se llama y es "Jesús" (Lc.2.21). Desde toda la eternidad es "el Dios unigénito,

que está en el seno del Padre” (Jn.1.18). – Pero sólo desde esta Teofanía (= manifestación de Dios) a orillas del Jordán, Jesús empieza a ser el “Cristo” o el Ungido de Dios. Durante los primeros treinta años de su vida como hombre, todavía no era el “Cristo”, ni tenía el poder para actuar como tal. Sólo por esta Unción a orillas del Jordán comenzó a ser el Ungido o el Cristo (pues la palabra ‘Cristo’ no es nombre, sino título). – Pero ¿qué significa esto? Respuesta: en aquel momento, al salir del río y no antes¹, el Espíritu Santo lo ungió como Rey, - como Profeta, - y como Sacerdote: para así capacitarlo para llevar a cabo la tarea salvadora que Dios, desde eterno, había proyectado realizar por medio de Él.

Fue para Jesús mismo una experiencia muy personal, y hasta mística. San Marcos dice que Él mismo vio cómo los cielos “se rasgaron”². A propósito emplea esta expresión “se rasgaron”, porque esta expresión evoca el grito casi desesperado de Isaías: “¡Rasga los cielos y desciende! ... para hacer cosas nunca oídas: que ni el ojo vio, ni el oído oyó que hiciera un dios, sino Tú solo” (vea Is.63-19b-64.4). Además, Dios Padre habla directamente a Jesús mismo³ para expresarle su amor infinito: “Tú eres mi Hijo, mi Bien-amado: en ti me he complacido”. Y en este mismo momento derrama sobre Él la plenitud del Espíritu Santo, simbolizado por la paloma de la paz. De esta forma el misterio mismo de la Santísima Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo se presenta por primera vez ante el mundo: Misterio de inefable ternura y abrazo inquebrantable. Así vemos que todo lo que Jesús va a predicar, y todo lo que va a hacer, tanto sus milagros como su Pasión, sale de la intimidad del Corazón del Dios tri-uno.

La Tarea del Jesús, el ‘Ungido’

El profeta Isaías, en la 1ª lectura de hoy, describe algunos aspectos de la misión de Jesús, en cuanto Ungido con el Espíritu, y enviado del Padre. Tiene que inaugurar, ya aquí en la tierra, una sociedad humana, donde prevalezca la equidad (en hebreo: la *mišpat*) en las relaciones humanas (lo repite hasta tres veces: v.1, v.3 y v.4). Es el ideal de la paz mundial, incluyendo hasta las naciones más lejanas (las “Islas”, v.4). Es el sueño del Paraíso terrenal: con iguales oportunidades, beneficios y privilegios para todos. Esta equidad la establecerá no con medios violentos, y sin llamar la atención pública: como la mata que, durante el invierno, acumula fuerzas para prorrumpir con hermosa floración en primavera (v.2). Más bien, tendrá especial predilección por los heridos y débiles (v.3), salvando a ciegos, presos y extraviados (v.7), - o como Jesús mismo lo dirá después: “Venid a mí todos los fatigados y cargados y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí: que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera” (Mt.11.28-29). –

Nuestro Bautismo Sacramental

En la Iglesia Oriental, hoy es el gran día de bautizar a los niños. ¿Por qué? Porque ven en esta escena los dos elementos principales de nuestro sacramento Cristiano del bautismo: 1/ por un lado nos quita el pecado original y los pecados personales que hayamos cometido (esto lo simboliza el bautismo-a-medias de Juan); - 2/ y luego efectúa lo que realmente es lo importante: nos implanta la propia naturaleza divina (II P.1.4), y así nos convierte en hijos de Dios, en quienes el Señor derrocha la misma “complacencia” que hoy vemos derrocha sobre Jesús. Así lo dice San Pedro: “Cada uno de vosotros se haga bautizar: para (1) perdón de vuestros pecados, y (2) recibir el don del Espíritu Santo” (Hch.2.38). -

¹ La traducción litúrgica dice: “Apenas salió del agua, vio...” (etc.). Esto significa bien que Jesús no recibió al Espíritu Santo en el bautismo mismo, - sino después de terminar éste. - Pero el texto griego dice un poco diferente: “Saliendo en seguida del agua...” (etc.). Esto significa que Jesús se sumergió una sola vez en el agua: para ‘contaminarse’ y tomar sobre sus hombros el ‘sucio’ de los pecados que los demás habían dejado en el agua, al sumergirse dos veces: una vez confesando sus pecados, y una segunda vez, para ‘lavarse’ o limpiarse de ellos. Pero Jesús se sometió al bautismo, no para lavarse de sus pecados (pues no tenía ningún pecado), sino para asumir los nuestros (Is.53.6).

² A diferencia de Mt.3.16 y Lc.3.21, que usan una palabra menos chocante, al decir que los cielos “se abrieron”.

³ Según la versión de Mt 3.16-17, esta voz de Dios se dirige, no a Jesús, sino a Juan Bautista y al público presente.

